

dar al mundo público testimonio de la sensibilidad de sus corazones.

Habían acudido presurosas á la cita de un baile, con puntualidad consoladora.

¡Qué esmero en la caprichosa variedad de los adornos!

¡Qué gusto en la riqueza de los vestidos!

¡Qué gracia en el encanto de aquellas sonrisas!

¡Qué fuego en los relámpagos de aquellas miradas!

¡Qué aflicción en aquella alegría!

¡El *buffet*, espléndido!

¡La orquesta, incomparable!

¡Qué vals aquel! ¡Qué polkas aquellas! ¡Qué animación, qué regocijo, qué lujo, qué magnificencia!

Es decir:

¡Qué solicitud por los pobres!!!

Las palabras no tienen bastante valor para que podamos rendir con ellas el tributo de alabanza que el prodigio de esta caridad merece.

Es preciso apelar á los números, que son más elocuentes, más severos y más inflexibles.

Hagamos un cálculo.

Cuatrocientas personas acuden presurosas á la cita que en el más serio de los jardines les da la más alegre de las caridades.

Cada una de ellas echa, bajo la forma de dos duros, un óbolo misericordioso en el platillo de la miseria, y, sea como quiera, al fin los pobres recogen la suma, siempre respetable, de diez y seis mil reales.

Dueños, digámoslo así, de esta suma, duro sobre duro, pueden muy bien considerarse ricos.

Ellos exclamarán: «¡Diez y seis mil reales! Somos felices»

En medio de esta alegría llaman á la puerta, y la puerta se abre, y entra el fondista.

El fondista trae una cuenta, y esta cuenta dice:

«*Buffet*... ocho mil reales.»

¡Golpe tremendo!

La caridad danzante abre el apetito, y cuatrocientas personas que pasan la tarde bailando á beneficio de los pobres, por pura